

MARIA

(Aparte á Cirila.) Apártate... Vigila en la escalera. (Cirila se aleja por la derecha, cauteloso, y aguarda sentada en el primer peldaño.)

ESCENA IV

MARIA, VICENTA.

VICENTA

¡María... querida! Usted, impaciente por mi tardanza, ha bajado á esperarme.

MARIA

Sí: esperaba á usted...

VICENTA

Vengo retrasada. Cosiendo hasta muy tarde hemos estado mi hermana y yo con el dichoso arreglo. (Mostrando su vestido.) Yo quería que lo viese su mamá.

MARIA

Mamá se acuesta muy temprano.

VICENTA

(Girando sobre sí.) ¿Qué tal estoy?...

MARIA

(Riendo.) ¡Horrible! No podía usted discutir un arreglo más desatinado.

VICENTA

¡Oh, qué pena me da usted!... Pero ya no tiene remedio... Vámonos.

MARIA

No: yo no voy. Después de vestida, decido no ir.

VICENTA

Entonces, ¿qué hacía usted aquí?

MARIA

Salíamos... (Sin saber qué decir.) Ibamos á casa de usted para que me viese...

VICENTA

(Deslumbrada por la elegancia y riqueza del atavío de María.) ¡Oh, suprema elegancia! Está usted divina, ideal.

MARIA

Vea usted, Vicenta: con un traje como éste debiera usted presentarse esta noche en los jardines de Teodolinda, iluminados a

giorno. Una *toilette* así es lo que á usted le corresponde, por su posición, por su natural elegancia y belleza... y no ese adefesio barato, que va pregonando las hechuras de casa y el aprovechamiento de trapitos. (Burlándose.) ¡Pobre amiga mía! No puede usted imaginar qué lástima le tengo.

VICENTA

(Consternada.) No me lo diga usted más, porque hago lo que usted: no ir.

MARIA

(Vivamente.) No, no, Vicenta. Usted no puede faltar. ¡Qué se diría! No, no... De ninguna manera...

VICENTA

¡Vaya que es desdicha! No tan bueno como ese, pero elegantísimo también y de gran novedad, es el vestido que yo encargué. (Furiosa.) ¡Ay, qué bribona de modista; era cosa de arrastrarla!...

MARIA

(Imitando su furia.) De sacarle los ojos. Sí, porque con su informalidad la pone á usted en un ridículo espantoso. Yo lo siento tanto como usted, y estoy pensando que... (Pausa.)

VICENTA

(Con gran ansiedad, reparando en todas las partes del hermoso vestido.) ¿Qué, hija mía?

MARIA

(Gozando con la ansiedad de Vicenta.) Pienso... que con este traje estaría usted encantadora, Vicenta.

VICENTA

¡Oh, sí...!

MARIA

¡Y qué golpe daría usted si con él se presentara en el baile! Usted imagínese la grandiosa decoración del parque y jardines... los focos eléctricos, que darán á las mujeres bien vestidas un aspecto ideal, fantástico... y por fondo el follaje verde, salpicado de lucecitas...

VICENTA

(Entusiasmada.) ¡Oh, incomparable! Creerían que es el vestido que encargué á Madrid... María, amiga del alma, ¿es cierto lo que sospecho? Me dice el corazón que usted, con su generosidad sin ejemplo, se digna prestarme... (María hace signos afirmativos, lentamente.) ¡Oh, qué alegría! ¿Con que...?

MARIA

(Empezando á ponerse grave.) Hay algún inconveniente.

VICENTA

¿Cuál?

MARIA

Yo le prestaría á usted con mucho gusto mi traje... pero... si luego me lo ven á mí, ¡qué dirán!

VICENTA

(Desconsolada.) ¡Ah, sí...! no había caído...

MARIA

No debo prestar á usted mi vestido, no... Pero... por otro medio podría lucirlo. (Pausa, expectación de Vicenta.)

VICENTA

¿Cómo?

MARIA

Comprándolo.

VICENTA

(Asustada, cruzando las manos.) ¡María!

MARIA

Vendo esta ropa, que es absurda, irrisoria, en la humilde situación á que ha llegado mi familia. Mi padre es pobre, tan pobre que no lo son más los que mendigan en las calles. Ya no hay forma de disimular ni encubrir nuestra descarnada miseria...

VICENTA

(Compadecida.) ¡Pobre amiga de mi alma! ¡Qué pena!... Sí: compro el vestido... compro todo: traje, sombrero, abrigo... Pero ello ha de ser para ponérmelo y lucirlo esta noche.

MARIA

Tiene usted tiempo

VICENTA

(Con gran impaciencia.) Pero no podemos descuidarnos.

MARIA

Espérese un poco. Aún tenemos que estipular...

VICENTA

Naturalmente, el precio.

MARIA

Que no puede ser corto. Usted, señora rica y de buen gusto, puede apreciar... Fíjese bien: este traje es de Redfern, el primer modisto de París...

VICENTA

Ya se conoce.

MARIA

Rue de Rivoli, 242. Viste á la Emperatriz de Rusia y á la Reina de Inglaterra.

VICENTA

Y será carísimo.

MARIA

Usted figúrese... Mis padres encargaron y pagaron estos lujosos trapos dos meses há, cuando ya eran pobres, casi miserables. Lo que ellos dieron entonces á la vanidad, justo es que la vanidad se lo devuelva.

VICENTA

Amiga mía, me hago cargo de las circunstancias, y sé que me obligan á ser generosa. Fije usted un valor razonable, teniendo en cuenta que es prenda usada, y no regatea-

remos. (Impaciente porque María se quite el vestido.) Y ahora... Porque los instantes vuelan, María. El precio y pago lo arreglaremos mañana.

MARIA

Perdone usted, Vicenta. Los malditos *mañanas*, causa de tantos desórdenes, están abolidos...

VICENTA

¿Por quién?

MARIA

Por mí. Me propongo cambiar radicalmente mi modo de ser. Ya no soy aquella, soy otra. La gravedad, la urgencia del caso exigen que esta noche quede todo resuelto y concluído: la entrega de la ropa, el pago, etc... No he de ser exigente. De lo que costaron á mi padre este rico traje y sus accesorios... ya usted ve: todo nuevecito... sólo una vez me lo puse en Madrid,... rebajo la mitad.

VICENTA

Bien.

MARIA

Si usted quiere lucirlo esta noche haciéndolo pasar por el que encargó á Madrid, tiene que darme...

VICENTA

¿Cuánto?

MARIA

(Con energía.) No mañana, mañana no, esta noche misma, ahora, corra usted á su casa, que está bien cerca, dos pasos, y tráigame... eucatrocientos duros.

VICENTA

(Confusa, sin saber qué hacer.) Pero... verá usted... el caso es que esta noche... Naturalmente, no voy á decirle á Nicolás... Quizás se opondría.

MARIA

Pues entonces, no hay trato.

VICENTA

Mañana, amiga mía... ma...

MARIA

(Cortándole el concepto.) No hay amiguitas, ni carantoñas, ni mañanas, ni nada de eso. ¿No sabe usted que soy de bronce?

VICENTA

Ya lo veo, ya... Pero... No sé cómo arreglarlo... (Con una idea salvadora.) ¡Ah! Si usted

se aviene á recibir esta noche la mitad, un poquito menos... Sin enterar á Nicolás ni á nadie, puedo disponer ahora mismo de unas novecientas pesetas.

MARIA

Acepto, siempre que usted me dé formal promesa de entregarme el resto antes de las veinticuatro horas... mil cien pesetas.

VICENTA

Justas y cabales. Pero no perdamos tiempo... Corro á casa... Nicolás, á quien dije que iríamos juntas, ya está allá. Luego le diré: "¿no sabes? llegó el vestido...," Y mañana le cuento... En fin, yo lo arreglaré... tardaré tres minutos... Que cuando yo venga, esté usted despojada... ¿Subiré á su casa?

MARIA

No: espéreme aquí. (Se quita el abrigo y sombrero.)

VICENTA

A prisita, á prisita, para que yo tenga tiempo... (Vase corriendo por el patio.)

ESCENA V

MARIA, CIRILA; después DON PEDRO, dentro.

CIRILA

(Deteniendo á María que se dirige á la escalera, llevando en la mano sombrero y abrigo.) No subas: tu papá, inquieto y desvelado, con el torbellino de sus ilusiones, no hace más que pasear por toda la casa, y á ratos sale á la galería alta.

MARIA

(Indicando la glorieta, junto á la escalera.) Pues aquí mismo. (Entrega á Cirila el abrigo, el sombrero.) Sube corriendo y traeme un *peignoir*. Si te preguntan... di... cualquier cosa, que lo piden la Alcaldesa y su hermana para modelo.

CIRILA

Voy. (Presurosa sube á la casa.)

MARIA

(Sola desabrochándose.) ¡Qué agradecida estoy á ese hombre! Su negativa me ha puesto en el verdadero camino. (Oyese la voz de Don Pedro, que en la galería alta llama.)

DON PEDRO

¡Cirila, Cirila!

MARIA

(Con voz muy queda, gozosa.) Señor Marqués, señor papaíto, ya tenemos dinero.

DON PEDRO

¿Pero dónde se mete esa...?

MARIA

Y sin pedir nada á nadie.

CIRILA

(Baja rápidamente con la prenda pedida.) Aquí está. (Señalando la galería alta hacia el fondo.) Ya se ha cansado de llamar; ya se va.

MARIA

(Cogiendo el *peignoir*.) Dáme. (A Cirila que fija la vista en la reja y puerta de la casa de León.) ¿Qué miras?

CIRILA

Parecióme ver los ojos del hombre negro acechando tras de la reja.

MARIA

Ilusión tuya. (Entra en la glorieta. Cirila le desabrocha el vestido.) Nadie más que tú verá el nacimiento de la mujer nueva. (Gozosa.) Cirila, abrázame.

CIRILA

¿Estás contenta?

MARIA

¿No lo ves?... ¿No notas tú que el mundo todo se ha transformado? No, tú no lo notarás.

CIRILA

Es tu alegría.

MARIA

No: es el mundo que me sonríe y me dice: "Soy muy grande. Estoy lleno de tesoros... Ven, toma para tí lo que encuentres, que no sea de los demás. Recoge todo, recoge los átomos..."

CIRILA

Vaya, no delires tú ahora. (Ayudándola a cambiar de ropa.)

MARIA

(En la glorieta habrá un trozo de follaje, tras el cual se oculta María al desprenderse de la falda y cuerpo.) Es la sociedad que me dice: "Mírame: no soy toda egoísmo, no soy toda vanidad y mentiras. Estoy llena de virtudes: búscalas, y en ellas encontrarás la vida..."

CIRILA

Es tu ilusión de sustentar á la familia.

MARIA

Es Dios que me dice: "Soy la voluntad que hizo el mundo. A tí te dí la existencia, y por redimirte sufrí martirio. Adórame Redentor y mártir... Adórame también Creador..." (Vuelve Vicenta presurosa por el fondo. Busca á María en el sitio donde la dejó. De la glorieta sale María completamente transformada.)

ESCENA VI

MARIA, VICENTA, CIRILA.

CIRILA

Aquí, señora.

VICENTA

(Llega junto á María y le entrega los billetes.) Aquí está. Cuéntelo...

MARIA

(Toma los billetes sin mirarlos.) Gracias, amiga mía.

VICENTA

¿Y cómo no ha subido usted?...

MARIA

No conviene que se enteren. No pierda usted tiempo, Vicenta.

VICENTA

(Muy impaciente.) Sí: me vestiré al instante.
(Recoge la ropa.)

MARIA

(Coge la mano de Vicenta y la retiene entre las suyas.) Ahora, júreme por la salud de sus hijos que me dará lo restante...

VICENTA

Antes de las veinticuatro horas.

MARIA

Júreme también que me guardará el secreto.

VICENTA

Mi marido y mi hermana tienen que saberlo.

MARIA

Pero nadie más... Júremelo.

VICENTA

Nadie más. Por la salud de mis hijos.

MARIA

Bueno: adiós. ¿Lleva usted todo?

CIRILA

Cuerpo, falda... (Le va entregando todo.)

MARIA

Sombrero, abrigo...

VICENTA

(Recogiendo todo cuidadosamente.) Está bien.

MARIA

Estará usted...

VICENTA

(Con entusiasmo.) ¡Oh, elegantísima! Adiós.
Hasta mañana. (Vase corriendo.)

CIRILA

(Después de mirar por la escalera.) Podemos subir. Tu papá se ha retirado. Nos meteremos en mi cuarto.

MARIA

Sí. (Contemplando los billetes.) Dinero de mi pobreza, ya estamos aquí frente á frente tú y yo... ¿Qué quieres decirme al venir á mí? Que desde que te inventaron los hombres eres muy malo, y que por malo te han puesto innumerables motes injuriosos... que revuelves todo el mundo y originas infinitos desastres... ¡Ah! ya veremos eso... Conmigo no juegas. ¡No sabes tú en qué manos has venido á parar!... ¿Serás bueno, eh?... Seremos amigos. (Los besa y los guarda en el seno.)

CIRILA

Vámonos ya.

MARIA

Un momento. (En el centro de la escena, vuelta hacia la casa de León.) ¡Maestro...!

CIRILA

No responde... No hay nadie.

MARIA

Hablo con su espíritu, mujer. (Alzando más la voz y mirando siempre á la izquierda.) Ya no soy aquella... soy otra.

CIRILA

(Asustada.) Cállate, niña mía...

MARIA

No puedo. Déjame expresar mi alegría, mi gratitud... Maestro, buenas noches. (Dirigese á la escalera con paso ligero.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBGA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
1914 JUN 10 1914